

**EL PRIMER LIBRO,**

6

**SOFIA COTIN.****CAPÍTULO II.****¿ES UN LADRON?**

Al punto que madama Cotin se vió sola, se puso á trabajar; mas sea la soledad en que estaba, reunida al silencio que reinaba por todas partes, ó sea que realmente Mariana la hubiese amedrantado, suspendía á cada instante su tarea para mirar al rededor de sí.

La sala en que se encontraba era grande y espaciosa; el papel que adornaba las paredes como tambien las cortinas de las ventanas y las colgaduras de la cama de un verde oscuro sobre fondo negro, daban á las partes poco alumbradas un aspecto lúgubre y realmente temible. Por casualidad, sus ojos se dirijieron á la cortina de la ventana, que por la colocacion de las bujías se encontraba en la oscuridad, y las palabras de Mariana se la venian á la imaginacion, porque si efectivamente esta la habia dejado abierta al partir para el paseo, quién era pues el que la habia cerrado? Creyó ver aquella tela basta, y que bajaba haciendo plieges hasta el suelo, agitarse de una manera muy particular; una sensacion de miedo irresistible se apoderó de madama Cotin; las historias mas terribles se presentaron en tro-

pel á su imaginacion. Decir lo que en el espacio de un segundo revolvió en su mente, es incalculable: muertes, robos, aventuras extraordinarias. Parecíale que levantándose aquella cortina poco á poco se precipitaba sobre ella un hombre de figura feroz puñal en mano. Se la grabó todo lo que podia experimentar sintiendo el filo de un cuchillo penetrar en las carnes destrozándolas. No hay medio para no temer la muerte: la muerte que así se recibe, una muerte dolorosa y forzada tiene cierta cosa que pasma y aterra. Sin embargo, no oyendo ningun ruido, nada que pudiese hacerla suponer que no estaba sola, trató de calmarse, de reflexionar sobre su miedo. Ella habia salido solo por un momento, cree acordarse bien de que las ventanas estaban cerradas, y despues de su regreso, cómo habrian penetrado en su cuarto, sin que ella se apercibiese? Es verdad que enbebida en su obra, y gracias á lo tupido de la alfombra, que amortigua los pasos, un hombre habia podido facilmente atravesar su habitacion sin que ella lo notase, yéndose á ocultar en la tronera de la ventana.... pero Mariana no se ha separado de ella; Mariana que no escribia, lo habria advertido! Oh! para mayor tormento, Mariana ha dormido, y además es un poco sorda; no hay remedio, el reposo de madama Cotin se ha turbado: sus ojos no pueden desprenderse de aquella cortina, un sudor frio cubre su frente: sus arterias se agitan hasta hacerla perder la respiracion, y la sangre que refluye hácia su corazon y se dirige á sus oidos, hace nacer ruidos que la aturden, y la impiden distinguir ningun otro ruido.

Con el miedo, la angustia y la turbacion no podia madama Cotin contenerse; moviase, hacia ruido con la silla, con la mesa, con la badila, y las tenazas que revolvia con estrépito, pareciéndola que este miedo improvisado la tranquiliza; pero vana precaucion, en el momento que cesa el ruido que hace, cree oir otros nuevos y extraños, su miedo crece de lo mas lindo, y es preciso á toda costa que salga de esta posicion; se levanta, toma una bujía y con el continente de una per-



sona que se decide á ser asesinada, camina derecha á la cortina, la levanta, y sofoca un grito.

Un hombre está en fin detrás, pegado por decirlo así contra las vidrieras.—No griteis, madama, ó soy muerto.

—Qué me quereis? respondió madama Cotin, pálida, mas determinada; soy pobre, y no tengo con que tentar la codicia de nadie: con todo, tomad porque tendreis hambre tal vez, ved ahí algun dinero; pero marchaos, marchaos, sin aproximáros á mí; no quiero tener la pérdida de un hombre sobre mi conciencia, mas en nombre del cielo, marchaos, idos de aquí.

Con grande admiracion de madama Cotin en lugar de tomar el dinero que le presentaba y que habia sacado de la faltriquera de su traje, este hombre se desembozó y con voz cascada y trémula la dijo:

—Perdonadme el haberos asustado; ¿no me reconocéis?

—No, señor, le dijo madama Cotin, mirando por primera vez al anciano que tenia delante de sus ojos, y cuyos vestidos en desorden, barba larga, y cabellos canos desgrednados y una palidez lívida que cubria sus facciones, y hacia resaltar sus arrugas, no le llamaban ningun recuerdo.

—Soy Fombelle, dijo, proscrito y perseguido.

—Ay! Dios mio! interrumpió madama Cotin, y corrió á echar el cerrojo á la puerta; ay, Dios mio! Señor ¿y qué puedo hacer yo por vos?

—Ay! nada, madama, respondió M. de Fombelle, porque he oido lo que hablabais con vuestra aya, y nada puedo pedirós.

—Si es dinero, ay! no señor, no lo tengo. Acercaos pues al fuego y perdonadme no haberos atendido antes; ese traje, esa barba, en verdad, no podia reconocer, señor.

—Qué quereis, madama? respondió siguiendo á madama Cotin próximo á la lumbre, donde se sentó presentando las manos á las llamas; puesto fuera de la ley

hace tres días, perseguido, ojeado como si fuera una fiera, no hallando asilo en parte alguna, no osando tampoco buscarle en mis mejores amigos, ando errante por las calles de París, sin dinero, y.... y.... desde ayer nada he comido, añadió con el modo de un hombre en quien el hambre ahoga la vergüenza de semejante confesion.

Aun no habia acabado, cuando madama Cotin se habia levantado toda traspasada de dolor. Corre á un armario, lo abre, y vuelve cargada de un pan, de un tarrito de dulce, y una botella de vino que puso delante del proscrito.

—Tomad, le dijo con un acento que manifestaba su alteracion, tomad, eso es todo lo que tengo, y miró con ojos llorosos y con una opresion de corazon inexplicable aquel anciano que habia conocido en el mundo, tan culto, tan suntuoso que apenas llegaba con desden á los manjares mas delicados y mas selectos, y que hoy se arrojaba como un famélico sobre aquella miserable cena que le presentaba.

Luego que se encontró un poco satisfecho, y que sus miradas se encontraron llenas de gratitud con las de aquella mujer favorecedora, que con riesgo de su vida lo habia acogido (porque en aquel tiempo, hijos míos, en 1793, toda persona que daba asilo á un proscrito sin denunciarlo, merecia la muerte) vió que lloraba.

—Vuestras lágrimas corren por mí, ó por vos? le dijo.

—Por los dos, señor, respondió madama Cotin; por vos, á causa de lo que padeceis en vuestra ansiedad, y por mí, que me encuentro impotente para aliviar á un antiguo amigo de mi marido.

—Luego no conocéis á nadie que?...

—Nadie, señor; desde mi viudedad no veo ya á nadie.

—Dios mío! dijo Mr. de Fombelle levantando los ojos con dolor hácia el cielo raso; y yo que viendo en que casa me habia metido la suerte, creia haber hallado un apoyo.





— Pues que, señor, no habeis venido á mi casa por vuestra propia deliberacion.

— No, madama; un amigo que se ocupa activamente en salvarme, mas que no tiene los medios de hacerlo, porque como yo se encuentra sin dinero, me habia citado para la entrada de la noche en esos llanos desiertos, detrás de la calle Ceruti. Volvia de esta cita, cuando al dejar la llanura, me encontré cara á cara con mi mas mortal enemigo, el que me ha denunciado, y hecho que se decrete mi prision; echo á correr, una ventana baja entreabierta se presenta á mi vista; sin ninguna reflexion, sin pensar en el miedo que puedo causar á los habitantes de esta casa, al verme aparecer repentinamente en medio de ellos, me lanzo y me encuentro aquí. No habia nadie, pero en el arreglo, en cierta fragancia, en un no sé qué, conozco que una mujer la ocupaba: en el momento formo mi plan; una mujer es buena, obsequiosa, basta ser desgraciado para que tenga ella compasion de cualquiera, y lo consuele. Solamente no hay que asustarla, y esto fué de lo que traté solamente. Y además yo pensaba que no regresaría quizás sola, y no queria confiar mi vida mas que á una persona. Cierro las ventanas, las persianas, corro las cortinas, y me oculto detrás de la última. Me salió bien; apenas habia concluido mi arreglo, entrasteis vos; á la primera palabra que pronunciasteis conocí á la mujer de mi mejor amigo, y ciertamente no habria dudado presentarme sin detencion, pero vuestra vieja aya os acompañaba, y me he acordado de las muchas desazones que sus habladurías y sus comentarios os habian causado. he creido por lo mismo que era prudente aguardar su retirada. Ay! despues de haberos escuchado, y sabido la posicion en que os hallais, vos tan rica, tan generosa antes de los tristes sucesos que desolan nuestra hermosa patria, y ponen en fuga á sus hijos mas obsequiosos, he renunciado á la esperanza que vuestra presencia habia hecho nacer en mi alma. Mi único deseo ha sido ya poder escaparme sin comprometeros, ni

asustaros, y por eso me mantenía inmovil cuando levantasteis la cortina, porque suponía que con la oscuridad no me veriais.

Aquí llegaba Mr. de Fombelle con su relación cuando con redoblados golpes llamaron á la puerta de la sala.

(Continuará.)

## EL CEREBRO, EL CORAZON Y LA LENGUA.

### FABULA.

Nombrar ministro queria

Un rey de no sé que pueblo,

Y á honor tan grande aspiraron

Tres distinguidos sugetos.

El Corazon era el uno;

El otro era el Cerebro,

Y mi señora la Lengua

El aspirante tercero.

Andaba el rey cabizbajo,

Meditabundo y perplejo;

Sin saber á quien daría

El apetecido empleo,



Cuando la Lengua le dijo,  
A fin de alcanzar el puesto,  
Que en la cabeza tenían  
(Lo confesaba) su asiento  
La prudencia, la razon,  
La sensatez y el criterio,  
Cualidades que por raras  
son de incalculable precio.  
Mas añadió con malicia,  
Que suele nacer del genio  
La locura, y que el error  
Del saber no está muy lejos.

«El corazon por su parte  
Tiene (tambien lo confieso)  
Valor, noble patriotismo,  
Grandeza, entusiasmo inmenso.  
Mas peca no pocas veces  
De indulgencia por exceso,  
Por debilidad, por lástima,  
Y por un amor extremo.»

Tanto dijo la habladora,  
Que el monarca, satisfecho,  
Le entregó de sus estados  
El absoluto gobierno.  
Entonces con sus palabras  
Aturdió todo el imperio,  
Y habló de día y de noche  
Con admirable denuedo,  
Unas veces desbarrando,,  
Otras con algun talento,  
Sobre todas las materias  
Y bajo todos conceptos.  
Sus discursos más tenían

De pesados que de buenos;  
Mas charlaba siempre siempre,  
Y nada hizo de provecho.  
Hasta que el rey conoció  
Que una máquina sin seso  
Era el parlanchin ministro  
Que empuñaba el real cetro;  
Y su charla despreciando,  
Por un solemne decreto  
Le retiró su confianza,  
En lo cual andubo cuerdo.

Al que solo charlar sabe  
A ministro no elevemos,  
Pues los discursos no curan  
Los males del pobre reino.  
Yo conozco á charlatanes  
Que brillan en un congreso;  
Mas como hombres de Estado  
No valen, niños, un bledo.

TENORIO.

